

HOMBRE Y CULTURA EN LAS CANARIAS PREHISPANICAS

P O R

JULIAN SAN VALERO APARISI

La atormentada geología de las Islas Canarias, viva aún hoy, ha dado ocasión, en cada una de ellas y hasta dentro de alguna de ellas, como bien ha señalado L. Diego Cuscoy, a una serie de geografías diversas que enriquecen el pintoresquismo de las Islas Afortunadas, pero que, sin duda, tuvieron en las etapas de la vida primitiva una influencia capital. Y esto no sólo por los problemas de adaptación que en cada caso se plantearían —hombres y preferencias, culturas y posibilidades—, sino porque, ya establecidos los grupos humanos en un habitat dado, la geografía seguía haciéndose *desde dentro*, por el activo vulcanismo que transformó tantas zonas hasta nuestros días, y *desde fuera*, por fenómenos de erosión y sedimentación y hasta por corrientes marinas, como nos explicaba Diego Cuscoy que ocurre con las arenas del Sahara, que, a lomos de las corrientes costeras, llegan hasta Lanzarote en su rumbo hacia el oeste, para desviarse hacia el sur y llegar hasta Gran Canaria, formando en Las Palmas la playa de Las Canteras. Y tal vez pájaros y semillas, con los vientos, llegarían también desde el continente africano.

En este escenario geográfico hemos de colocar a los canarios prehispanicos que, por los estudios antropofísicos, aparecen como Cromagnones que hallaron en las Canarias su refugio final, del mismo modo que fueron también las Islas el refugio final del tipo mediterráneo antes de dar el salto a América. Pero, en cualquier

caso, desde el poblamiento primitivo, la etnia canaria no da, hasta la llegada de los castellanos, la sensación de una arribada de grandes masas, ni de gentes de paso ni de relaciones continuadas entre las Islas. Las particularidades culturales abonan estos principios, que una investigación apurada podrá, según creemos, confirmar, aun descubriendo relaciones evidentes, en restos ergológicos, ya que tales contactos servirán para evidenciar la personalidad independiente que la insularidad obliga a presuponer, y el conservatismo cultural de todo aislamiento. En cada una de las Islas, la llegada de un grupo de hombres, portadores de una cultura básicamente campesina, adaptó sus posibilidades al habitat encontrado, reforzando el componente agrícola o el ganadero e iniciando con ello un camino de desarrollo propio, que, tanto por la falta de contacto con estímulos externos como por la exigua demografía, debió ser muy lento y, por conservador, de apariencia arcaizante.

Tan necesario, por tanto, como pensar en los puntos de arranque de las gentes y culturas llegadas a Canarias lo es, previamente, el estudiar, en cada una de las estaciones del año, la dirección de las corrientes marinas, que son la única posibilidad de una arribada de fortuna de algún grupo emigrante o aventurero en busca de nuevas tierras, en quienes, por lo que conocemos, falta toda indicación de especialización marinera. Los posibles puntos de embarque son: desde el Norte, tal vez viniendo del Mediterráneo, con escala en la costa marroquí, más o menos cercana al Estrecho de Gibraltar, pues desde España nos parece un nacionalismo excesivo y desde Europa atlántica una fantasía; desde el Este, la ruta más breve, en la costa sahariana; o desde el Sur, en la costa del Senegal. Última posibilidad sería la del Oeste, pero la travesía del Atlántico es difícil de admitir, y culturalmente, las tierras que habrían de llamarse América, tienen una cronología más reciente que las Canarias. El camino contrario —de Canarias a Méjico— que, por pintaderas asombrosamente análogas, señaló Alcina, tiene la misma dificultad de realización geofísica y tal vez pueda explicarse algún día con la determinación de un trasfondo ideológico común, porque pensar en una invención convergente es una solución ingenua.

Gracias a la síntesis iniciada por Pérez de Barradas, y complicada luego al enriquecerse los hallazgos merced a las campañas promovidas por la Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas y la labor desarrollada por los beneméritos Comisarios Insulares y Locales de Excavaciones desde 1942, podemos ahora atender a ciertas características bien delimitadas de las culturas primitivas canarias. Algunas de ellas son de aplicación general a todas las facies insulares y suponen si no un substrato primitivo, sí un rasgo del carácter tardío de la colonización de las Canarias, ya que todos los rasgos del Neolítico aparecen plenamente fundidos, como algo que es ya viejo, en el solar de donde proceden los colonizadores: la agricultura con trigo, cebada, morteros, etc., y el pastoreo con cabra, oveja y cerdo, que llega hasta la alta montaña, acompañados de una ergología típica y común, aun con diferencias, de cerámicas, punzones de hueso, hachas pulimentadas y "tabonas" poco tipificadas, en cuarcitas y obsidianas; la vida social organizada en poblados, que según la oportunidad serán rupestres, de costa, de altura, con túmulos, etc. Y hasta en el transmundo, la conservación de los muertos en bolsas de piel, no debe ser más que la versión suburbial de la momificación egipcia o de las vasijas argáricas del Bronce Mediterráneo usadas para idéntico fin.

Si atendemos a características particulares hay que notar cómo los hallazgos de La Palma, una de las islas más occidentales, son tal vez, como indica su cerámica, los más en conexión con la costa frontera africana, por sus tiestos lisos, sus decoraciones incisas, sus relieves, y por sus acanalados que recuerdan los que en Africa del Norte estudió J. Hawkes. En Gran Canaria, las cerámicas lisas tienen un bruñido especial que las enlaza con los vasos a la almagra del Mediterráneo oriental y occidental, como señaló J. Martínez Santa-Olalla que, para éstas, así como para las análogas de Tenerife y los llamados vasos de ordeño, postula una raigambre chipriota que parece evidente, aunque quede el problema de determinar la ruta y sus escalas.

Como no cabe en esta breve comunicación analizar materiales concretos —cuyo conocimiento, antes de nuestra visita de estudio a las islas en 1948, constituyó una sorpresa cuando, como colaborador de la Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas, nos

ocupamos de la edición de las extensas Memorias publicadas por aquélla— nos permitimos teorizar en las notas siguientes, que resumen nuestras impresiones, y que tal vez puedan servir como base para la ordenación de los restos conocidos y orientación de las nuevas investigaciones:

1) Pensamos en la llegada de escasos emigrantes, en distintas arribadas a cada una de las Islas, en tiempos distintos, que, según el habitat encontrado, desarrollaron facies culturales neolíticas diferentes.

2) En conjunto, debió ser una raza única, cuyo cromagnonismo sólo puede explicar la existencia del tipo en el lugar de origen: ¿región del Atlas y Anti-Atlas? ¿Area sahariana?

3) *El estudio previo de las zonas costeras africanas al Este de las Islas*, donde por la parte Norte debieron llegar las corrientes neolíticas que recorrieron las tierras líbicas y tunecinas, argelinas y marroquíes; y por el Sur las que, a través del Sahara y aun desde el Sudán, atravesaron el continente africano, pueden explicar rasgos viejos, arcaicos, de la arqueología canaria, fundidos a otros más recientes, sin necesidad de pretender periplos y thalasoocracias impensables.

4) Se debe —opinamos— orientar culturológicamente el estudio de conjunto, atendiendo a corrientes marinas y vientos y a la geografía particular de cada zona, que puede explicar la difusión de la tipología desde las costas hacia el interior. En cuanto a la antropología física, sólo puede tener conexión con *etnias coetáneas*, por lo que es imprescindible obtener precisiones cronológicas: ¿No caben análisis de C 14? Y, culturalmente, más que el tipo ergológico aislado debe ser el conjunto orgánico el que permita afirmaciones concretas, pues no hay que esperar “parachutismos” culturales.

Quizá todo esto sea muy teórico, pero Américo Castro ha escrito recientemente (“Insula”, núm. 247, junio 1967), que: “sin una teoría, los “hechos” son materia informe e inválida”, y acaba postulando “la necesidad de teorizar un poco si se aspira a entender la balumba de hechos sueltos y anecdóticos que se nos vienen encima”.